

## §. III.

Sacan al sancto mártir de Roma; pasa por Ródas, y comienza otra nueva batalla por orden de Maximiano, emperador, en Nicomedia.

Sacan pues al sancto de Roma, acompañándole muchos de los fieles. Mas ¿quién podrá explicar lo que ellos decían y hacían? Ca unos se postraban á sus piés, otros le tomaban las manos, otros abrazaban su cuello y lo besaban, derramando amarguísimas lágrimas por aquel apartamiento, otros se untaban con su sangre y tocaban sus heridas sin poder apartarse de aquel esclarecido varón, mas fuerte que el mismo hierro. Y era tan grande el sentimiento dellos, que hasta los mismos marineros, vencidos de compasión de tan doloroso espectáculo, dieron lugar y tiempo á aquella triste despedida. Llegándose pues ya la hora del navegar, apénas le podían dejar subir en el navío los que le acompañaban, pareciéndoles que se les arrancaban las entrañas.

Pero el sancto, haciendo oracion por la ciudad y por sí, comenzó á navegar. Mas ¿qué hizo aquel soberano Gobernador para compañía y consuelo de su sancto? Aquel mancebo Agatángelo (de que arriba hecimos mencion, que fué el primero de los que el sancto bautizó en la cárcel, y se escapó del martirio de los otros), estando á la sazón en Roma, usando de toda buena industria, se metió secretamente y escondió en la misma nao. Y navegados ya hasta docientos estadios, estando los marineros ocupados en su oficio y el sancto mártir en un rincón puesto en oracion, llegó á él este mancebo, y prostrado á sus piés le dijo que él era el primero de los que en la cárcel habian sido por él bautizados y solo escapado del martirio; y como venía allí inspirado por Dios á serle compañero en sus trabajos. Mas ¿qué hizo aquí entónces el mártir? Bendecíalo, abrazáballo, hablábale con grande benignidad, mostrando tener las entrañas llenas de gozo. Y luego comenzó á dar gracias al Señor por la venida de aquel mancebo, rogándole con mucha eficacia que lo esforzase para que fuese compañero de su confesion. Doite gracias, decia él, Señor mio Jesucristo, que eres mi única consolacion y ayuda, pues ni en la tierra ni en la mar me has desamparado, y defendido toda la vida, y recreado mi ánimo fatigado con los trabajos, y hecho consolador mio por la manera que tú sabes. Porque agora en la mar me has consolado con este mi hermano Agatángelo, el cual con el nombre que tiene me promete tu favor, porque Agatángelo quiere decir denunciador de buenas nuevas. Por tanto concédeme, ó Rey mio, que él hasta la fin persevere fiel, y que tú le glorifiques con la confesion de tu fe, y tú seas glorificado en él.

Destá manera estaban los sanctos dia y noche en oracion sin desayunarse; porque ningun cuidado habian tenido de hacer alguna provision, como personas que traían el pan vivo, y el agua de la gracia en sus ánimas, con que se sustentaban. Mas compadeciéndose los soldados y marineros de tan largo ayuno, y ofreciéndoles de comer, diéronles gracias por la buena voluntad que les mostraban, mas no quisieron tomar nada dellos, diciendo que lo esperaban de Dios, lo cual así se cumplió. Porque no había de faltar la providencia de un tan fiel Señor á tan fieles siervos. Y así á prima noche les proveyó de mantenimiento por ministerio de los ángeles. Pasados muchos dias en la navegacion, llegaron á Ró-

das, y desembarcándose muchos de los que navegaban para proveerse de lo necesario, rogaban los sanctos á los que quedaban en su guarda les diesen licencia para ir á la iglesia de los cristianos. Era entónces dia de domingo, y los cristianos que moraban en la Isla habian acudido á la iglesia, y no faltó entre ellos uno que reconoció á Clemente, y lo hizo saber al obispo de la Isla, que se llamaba Fotino: el cual sin detenerse, tomando consigo muchos de los fieles que estaban en la iglesia, llegó al puerto, y rogando á las guardas con grande instancia que les quitasen las prisiones, y los dejasen venir á la iglesia, alcanzó dellos lo que pedía. Y dando gracias á Dios, los llevó á la iglesia, y abierto el libro de los Evangelios, la primera cosa que se leyó fueron aquellas palabras del Salvador: No queráis temer á los que pueden matar el cuerpo, y no pueden matar el ánima. Con esta palabra se infundió en el corazón de los sanctos una dulcedumbre divina, y levantando los ojos y las manos al cielo, hacían oracion con lágrimas de alegría: con lo cual enternescidos los ánimos de los que los veían, derramaban tambien muchas lágrimas. Luego aquel piadoso y sancto obispo rogaba á Clemente que celebrase los sagrados misterios, y haciendo él este oficio, vieron (los que merecieron verlo) una brasa muy resplandeciente puesta en el altar, y muchos ángeles revoloteando encima della, y los que presentes estaban se prostraron en tierra, no pudiendo sufrir con la vista tan grande resplandor.

Corriendo esta fama por la ciudad, acudieron muchos de los infieles, trayendo consigo sus hijos y parientes enfermos, echándolos á los piés del sancto, y otros tocaban sus manos, y así quedaban libres y sanos de enfermedades incurables: con lo cual tambien fueron curadas muchas ánimas de los gentiles, viniendo por este medio en conocimiento de la verdad.

Espantados los soldados de tan grande aficion como toda aquella ciudad tenía á Clemente, y recelando no intentasen alguna novedad con que el sancto escapase de sus manos, vuelven á echarles las prisiones, y llevarlos al navío. Y sucediéndoles buen tiempo, pasando el mar Egeo, llegaron á Nicomedia, donde estaba Maximiano: el cual recibidas las cartas del Emperador que daban cuenta de lo pasado, y viendo el semblante del sancto (en el cual ninguna cosa vil ni baja se mostraba), y conjeturando por su rostro la grandeza de su ánimo, no se atrevió á examinarle, sino fingiendo algunas causas y ocupaciones de guerra, cometió este negocio á un presidente, por nombre Agripino. El cual mandando parecer ante sí al mártir, le preguntó si él era Clemente; y respondiendo él que sí, y que era siervo de Cristo, mandó á los soldados que le diesen un gran pescozon, diciéndole que se llamase siervo de los emperadores, y no de Cristo. Pluguiése á Dios (dijo el mártir) que todos vuestros señores y emperadores se llamasen siervos de Cristo, y todas las gentes le sirviesen y obedeciesen, y no sirviesen á la maldad de vuestra supersticion. Encendido el juez con esta respuesta, y concibiendo mayor ira de la que con palabras podia explicar, volvióse á Agatángelo, y preguntóle: ¿Tú quién eres? Porque no hace mencion de tí la carta de Diocleciano. Entónces él mirando al cielo, y mirando á Clemente, porque de ambas partes esperaba socorro: Yo (dijo él) por la gracia de Dios soy tambien cristiano, y por medio de Clemente, siervo de Cristo, alcancé este bienaventurado nom-

bre. Luego el juez mandó levantar á Clemente en alto, y herirle y cortarle los miembros, y al Agatángelo mandó azotar cruelísimamente con niervos de toro. Mas Clemente, sufriendo su tormento con grande y generoso corazón, sin hacer caso de sus llagas, hacia oracion por sí y por el compañero. Entónces el juez, cesando deste castigo y poniéndolos en la cárcel, mandó que se aparejasen para otro dia en el teatro muchas diferencias de bestias fieras muy cruces. Entre tanto los sanctos, estando en la cárcel, perseveraban con grande atencion en la oracion, á los cuales viniendo los ángeles los esforzaban y animaban al martirio. Mas los presos que estaban por otras causas en la cárcel, viendo la perseverancia de aquella oracion, y espantándose de la venida y consolacion de los ángeles, derribáronse á los piés de los sanctos, rogándoles que les diesen conocimiento de Cristo, y que no les tuviesen por indignos de que ellos tambien lo confesasen. Estuvieron pues los sanctos hasta la media noche enseñándolos, y doctrinándolos, y amonestándolos, hasta que los dejaron muy bien instruidos y confirmados en la fe, y purificados con el sancto bautismo. Luego Clemente con su oracion abrió las puertas de la cárcel, y despidió todos los presos con mucha alegría suya y dellos, quedándose él con su compañero solo en ella.

Este hecho alteró grandemente al juez, y mandando sacar los sanctos al teatro, él primero como leon rabioso comenzó á bramar contra ellos, y luego mandó sacar los leones y otras bestias fieras, las cuales ningun mal hicieron á los sanctos, ántes los miraban con ojos alegres, y les lamian las manos, y los abrazaban, como hacen los perrillos cuando sus señores vienen á sus casas de lejas tierras. Lo cual al juez fué causa de grande admiracion, y espanto, y desesperacion de poder vencer á los sanctos; mas á ellos fué causa de glorificar á Dios, diciendo: Gloria sea á tí, Cristo, por quien las bestias fieras nos tuvieron acatamiento, y heciste con nosotros lo que con Daniel en el lago de los leones (f), pues lo mismo heciste con nosotros como verdadero Dios de Daniel.

Mas no por esto perdió nada de su furor aquella bestia fiera, ántes mandó que tomasen unas alesnas largas y agudas y encendidas, y se las hincasen por las manos entre dedo y dedo, hasta llegar á la muñeca del brazo. Y no contento con esto mandó que les hincasen otras debajo de los sobacos, que penetrasen hasta los hombros. Mas el pueblo que presente estaba, no pudiendo sufrir tan grande inhumanidad, y por otra parte espantado cómo los sanctos pudieron resistir á tan grandes dolores, sin perder la vida con ellos, se alborotó de tal manera que comenzaron á apedrear al tiranno, y dar voces diciendo: Grande es el Dios de los cristianos. Con esto el juez echó á huir, y los mártires se subieron seguramente á un monte por nombre Pirami. Mas el tiranno los anduvo buscando muchos dias, y finalmente los halló. Y luego mandó que todos los devotos de sus dioses acudiesen á aquel monte; y puesto él en su tribunal, y traídos ante sí los sanctos: ¿Por qué (dijo él) con vuestros hechizos y encantamientos alborotastes el pueblo, y hecistes que se levantasen contra nos, y maldijesen nuestros dioses? Nosotros (respondieron los mártires) nada de eso hicimos, sino callando nosotros, la fuerza de la verdad les dió conocimiento de Dios, y

(f) Daniel. ult.

así lo predicaron á grandes voces como tú lo viste. Por tanto si tienes otro tormento que ejecutar en nosotros, no lo dilates, porque él es poderoso para librarnos de tus manos. Entónces el tiranno, usando de otra nueva crueldad, mandó extender los sanctos sobre una gran piedra que estaba en aquel monte, y quebrantar sus huesos, hiriéndolos reciamente con unos maderos. Y hecho esto, los metió así quebrantados en unos sacos, atando á la boca dellos una grande piedra, y desta manera los mandó arrojar de lo alto del monte por la ladera abajo, por la cual iban rodando, y no pararon hasta caer en la mar, que llegaba á raíz del monte. Los que presentes estaban, creyeron que luego espirarian; y con esto algunos de los fieles se llegaron á la playa, para ver si podían coger algunas reliquias dellos. Mas, ¡oh admirable potencia y providencia tuya, Cristo, rey nuestro! porque habiendo estado los sanctos por largo espacio debajo del agua, aparecieron los sacos viniendo sobre el agua, y allegándose á la ribera, y desatándolos, hallaron todos sus miembros sanos y sin alguna lision. Y no contento aquel piadoso Señor con este favor y regalo, á la media noche envió sus ángeles para que los recreasen del trabajo pasado, y les proveyesen de mantenimiento. Desde ahí vinieron á la ciudad, y contaron á los fieles las maravillas de Dios, y levantando las manos al cielo le daban gracias de todo corazón.

## §. IV.

De cómo volvieron los sanctos á su patria: multiplicanse los tiranos, y se inventan nuevos tormentos.

Sabido esto por el Presidente, y viendo por experiencia que era imposible vencer los sanctos, y que muchos de los gentiles viendo estos milagros se convertian á Cristo, no se atrevió á pasar adelante; sino hizo saber al emperador Maximiano lo que pasaba, diciendo que los mártires eran naturales de la ciudad de Ancira. Sabido esto por el Emperador, y recelando este combate, tomó de aquí ocasion para enviarlos á su patria, encargando este negocio á un presidente que allí estaba, por nombre Curicio, diciendo: Justo es que la tierra que los engendró los tenga y castigue. Desta manera la divina Providencia cumplió lo que su sancto le habia pedido, que era acabar la vida en su patria, donde era obispo, despues de haber corrido tantos mares y tierras. Llegado á la ciudad, entra el sancto con grande alegría, diciendo: Gloria sea á tí, Señor mio Jesucristo, que oíste mi oracion, y me volviste á mi patria, y al sepulcro de mis mayores; y mas con este fruto de Agatángelo, compañero de mis trabajos.

Presentados los sanctos ante el presidente Curicio, tentó él primero de atraerlos con blandas palabras y alabanzas, concluyendo su largo razonamiento, diciendo que sacrificasen á sus dioses, pues no podían dejar de padecer no lo haciendo. A esto respondieron los sanctos: ¿Para qué nos amenazas con trabajos, pues estos por amor de Cristo nos son deleites? Ni tenemos compasion de nuestros cuerpos, sino de vuestras ánimas miserables, pues servis á unos dioses que ningun sentido tienen.

Embravecido con este el juez: Pues tanto (dijo él) os holgais con los trabajos, yo seré en esta parte muy liberal para con vosotros. Y haciendo encender un hierro puntiagudo, mandó hincar debajo de los sobacos de los sanctos; y atándoles fuertemente los brazos, y hin-



cando dos maderos en tierra, mandó atar á Clemente en el uno, y á su compañero en el otro, y los verdugos los herian agriamente en todas las partes de su cuerpo. Entónces el juez, escarneciendo dellos, preguntó si sentian aquellos tormentos. Al cual Clemente respondió lo que dice el Apóstol (g): Cuanto mas se corrompe nuestro hombre exterior, tanto mas se renueva y perfecciona el interior. No contento con esto el tiranno, mandó encender un capacet, y así encendido lo hizo poner sobre la cabeza de Clemente; y luego el humo de las carnes abrasadas comenzó á salir por la boca, y por las narices y oídos. Entónces el sancto, dando un grande gemido, y llamando á Dios: ¡Oh agua viva (dijo él) y lluvia de nuestra salud, envíame, Señor, una gota de tu rocío; y pues ántes nos sacastes del agua, agora nos saca del fuego y nos da tu refrigerio! Y diciendo esto, poco á poco se fué enfriando el hierro, y los que herian á Agatángelo se cansaron. Aquí el tiranno espantado y atemorizado de lo que veía, mandó soltar los sanctos y llevarlos á la cárcel, disimulando la perplejidad en que estaba, con color de misericordia.

Mas aquella sancta Sofia (la cual dijimos haber prohibido á Clemente, y hecho con él oficios mas que de madre), viendo cómo despues de tan largo tiempo había vuelto á su patria con el resplandor y hermosura de su gloriosa confesion, no cabía en sí de placer, esperando luego la corona que le había de venir del cielo. Vino pues de noche á la cárcel, y abrazando á Clemente y derramando muchas lágrimas, besaba con grande devocion sus manos, y su rostro, y todos aquellos sagrados miembros, pidiéndole que le diese cuenta de todos los caminos y trances que había pasado. Y dando él razon de todo esto, ella con unos lienzos alimpiaba la sangre y las heridas del sancto, y luego le dió de comer de los manjares que acostumbraba él comer en su casa.

Desesperado pues el juez de poder vencer tan grande constancia, salióse afuera y encomendó el negocio á otro juez de los amesenos, por nombre Domicio. Mas la sancta madre Sofia no podia apartarse con el cuerpo de los que tenía abrazados en su corazon; y así vino muy alegre con aquellos mochos que, como ya dijimos, Clemente había baptizado y doctrinado.

Sabido esto por Maximiano, mandó que si los mochos se apartasen de Clemente, los dejasen libres; y donde no, que los matasen. Dada esta sentencia, los soldados trabajaban apartarlos por fuerza del mártir, mas ellos resistian á esto quanto podian, arrojándose en tierra, y abrazando los piés del sancto, con mayor constancia y prudencia de lo que pedia aquella edad; y así todos allí quisieron ántes morir que apartarse de su maestro. Mas la piadosa Sofia, por el grande amor que les tenia, tomó muy á cargo la sepultura de los muertos; y así con gran dolor se apartó de Clemente y de su compañero, por entender en la sepultura destes inocentes, diciendo que Dios daría orden cómo volviesen á aquella tierra. Llegando pues los mártires á la ciudad de los amesenos, y haciendo oracion á Dios con devotas lágrimas para que les ayudase en esta nueva batalla, fueron presentados ante el sobredicho Domicio. Pero ellos estaban tan lejos de rehusar los tormentos, que pretendian atraer á la fe al mismo juez. Sobre lo cual hizo Clemente un tan divino razonamiento, que el compañero Agatángelo lleno de alegría se derribó á sus piés, y levantándose de allí lo

(g) 2. Cor. 4.

abrazó, y besó su faz con grande devocion. Mas el tiranno, como estaba ciego y obstinado en su error, tomó las armas para pelear contra ellos. Y para esto apartó el uno del otro para que estuviesen mas flacos. Pero esto le sucedió al reves; porque aunque estaban apartados con los cuerpos, estaban juntos con los espíritus. Mandó pues este tiranno que se hinchiese una cisterna de cal viva, y que arrojasen en ella los sanctos, y puso á la boca dos soldados en guarda para que de noche no los sacasen de ahí los cristianos: no sabiendo el loco que el que guardó los tres mozos del horno de Babilonia (h), guardaria aquí sus siervos, como lo hizo; y así estuvieron allí todo el dia (que era un viénes Sancto) sin recibir daño alguno. Y no contento con esto, resplandeció sobre ellos toda la noche siguiente una lumbré del cielo. Lo cual viendo los dos soldados que los guardaban, movidos por el milagro de aquella luz, recibieron otra mas excelente luz en sus ánimas, con tan grande fe y devocion, que saltaron en la misma cisterna, y se juntaron con los sanctos. Luego por la mañana, creyendo el tiranno que estaban ya muertos, y mandando sacar sus cuerpos de la cisterna, halláronlos vivos, y sanos, y con alegre rostro, y á los mismos dos soldados con ellos, cuyos nombres eran Fegon y Eucarpo: los cuales por mandado del tiranno fueron luego crucificados, honrándolos la divina bondad con la imitacion de la muerte de Cristo, y corona de mártires. Mas Clemente y su compañero pasaban su carrera, y el tiranno mandó que les sacasen dos correas de las espaldas y los azotasen cruelmente. Y viendo que nada desto aprovechaba, mandó traer dos lechos de hierro, y poniéndoles mucho fuego debajo, y echando sobre ellos aceite hirviendo, y pez derretida, y piedrazufre, pareció al tiranno y á todos que serian muertos; y así los mandó quitar destas camas y echar en el rio. Mas ellos dormian en ellas un dulce sueño, en el cual les apareció Cristo acompañado de ángeles, diciéndoles que no temiesen, porque él estaba con ellos. Viendo esto Domicio, y espantado de lo que había visto, y no sabiendo ya qué mas hacer, vuélvelos á enviar á Maximiano, que de Tarso había venido á Ancira. Van pues los sanctos este camino, siguiéndolos junto con los soldados de guarda muchos fieles. El camino era largo y desierto, y tan falto de agua, que padecian todos gran trabajo de sed. Mas el santo mártir, lleno de una vivísima fe y confianza, hizo oracion á nuestro Señor, y á la hora reventó una fuente en aquel desierto con que todos fueron recreados. A la fama deste milagro concurrieron todos los enfermos de aquella comarca, y á todos dió entera salud el mártir tocándolos con sus manos.

Y considerando este sancto las maravillas que Dios obraba á cada hora por él, y con cuánto regalo y providencia acudia al tiempo de las mayores necesidades, encendiéndose en su corazon una tan grande llama y fuego de amor de Dios, y una tan grande sed y deseo de padecer por un tan bueno y tan fiel Señor, que hizo una oracion devotísima suplicándole con grande instancia que todos los dias que viviese, siempre padeciese trabajos y dolores por su amor, sacrificando todos los miembros de su cuerpo en su servicio. Y acabada esta oracion, parecióle que oía una voz de lo alto, que le decía: Concedido se te ha, Clemente, lo que pediste; esfuérzate y aparéjate para pasar constantemente esta carrera, porque con el tiempo que has batallado, y con el que te queda por pasar,

(h) Daniel. 3.

se te contarán veinte y ocho años de martirio. Alegre pues con esta respuesta el sancto, caminaba para Ancira; y sabiendo los soldados que todavía el Emperador estaba en Tarsis, lugar de Cilicia, llevaron allí los sanctos y presentáronlos al Emperador; el cual comenzó primero á tratarlos con palabras blandas y grandes promesas, pretendiendo atraerlos á su falsa religion. Mas ellos por el contrario pretendian con palabras divinas atraerlo á la suya, profetizando que los sucesores de su imperio habían de ser honradores de Cristo. Indignado con esto Maximiano, y dejadas muchas palabras que se pasaron de parte á parte, mandó hacer una gran hoguera y echar en ella los sanctos. Mas el Señor, que guardó aquellos tres sanctos mozos en el horno de Babilonia (i), guardó tambien á estos, de tal manera, que estando ellos dia y noche en aquella hoguera, nunca el fuego pudo dañar aquellos miembros dedicados á Dios: reconociendo y honrando la criatura á los siervos de su Criador. Espantado Maximiano desta maravilla, y viendo cómo los sanctos estaban en medio de la hoguera levantadas las manos y los ojos al cielo, dando gloria á Dios, mandólos sacar de allí, y presentados ante su tribunal: Ruégoos (dijo) que siquiera en esto me hagais la voluntad: que es, hacerme saber con qué linaje de encantamientos habeis reprimido la virtud del fuego. No (dijeron ellos), ó Emperador, con encantamientos, sino con la virtud de aquel Señor que nos prometió, diciendo (k): Estando en el fuego no te quemarás. Entónces el tiranno mandó á los verdugos que públicamente los arrastrasen y hiriesen hasta matarlos. Mas tambien esto sucedió mal al tiranno; porque viendo muchos de los fieles, por una parte la generosidad de aquellos corazones, y la libertad con que hablaban al Emperador, y su fortaleza y constancia invencible, y por otra considerando que entre tantos tormentos conservaban la vida, reconociendo aquí el dedo y la virtud de Dios, renegaban de sus dioses y se volvian á Cristo. Luego el Emperador, no sabiendo ya mas qué hacer, mandó que así como estaban atados los llevasen á la cárcel, y estuviesen por espacio de cuatro años en ella presos; pareciéndole que el tiempo y la prision tan larga domaria á los que ni el fuego ni el hierro habían podido domar. Pasados los cuatro años salieron de la cárcel muy esforzados para su confesion; porque el deseo y amor de Cristo, y la esperanza cierta de los bienes advenideros les hacia parecer la cárcel un palacio real. Sabido esto por Maximiano, desconfiado de la victoria, y dando á entender ser estos hombres indignos del tribunal imperial, no se atrevió mas á examinarlos; y por esto cometió el exámen á un cruelísimo sacerdote de los ídolos, muy ejercitado en atormentar cristianos, y grande oficial de pervertir corazones. A este cometió este cargo; y para mas incitarle á todo género de crueldad, dióle á entender que los jueces pasados habían sido vencidos mas por su propia flaqueza que por el esfuerzo y ánimo de los sanctos. Comenzó luego este oficial de Satanas á usar de las artes que su maestro el demonio le había enseñado, acometiendo á los sanctos ya con promesas, ya con amenazas, ya con blandura de palabras, y con muestras de amor y buena voluntad, dándoles á entender que le pesaba de sus trabajos pasados. Mas viendo que nada desto aprovechaba, mandó que azotasen tan cruelmente las espaldas y hombros de los sanctos, de tal manera, que consumida toda la carne se les parecian

(i) Daniel. 3. (k) Eclli. 51. Esai. 45.

las junturas y armazon de los huesos. Y acabado este tormento, viendo que los sanctos por su pié se volvian á la cárcel, corrido de verse vencido, y quasi desmayado, fué llevado por los brazos á su posada. Y caminando los sanctos á la cárcel, acudieron de todas partes los fieles á coger las reliquias de los pedazos de la carne y sangre que dellos corria, como un precioso tesoro. Aquí tambien el mal sacerdote con todos sus artificios y engaños, desconfió de poder vencer los sanctos. Sabido esto por Maximiano hizo burla del sacerdote, diciendo: ¿Este es el que me alababan?

## S. V.

Renuévase otros tirannos; y del fin desta gloriosa batalla y martirio de los sanctos.

Estaban muchos hombres principales á la sazón con el Emperador: entre los cuales uno, por nombre Máximo, movido con ira y saña por lo que oía, rogó al Emperador que le entregase los sanctos; porque él tenia confianza que los sacaria de su propósito, ó á lo ménos los mataria. Este fué el octavo tiranno. Y entremetiéndose algunos dias en medio, trataba con ellos muy amigablemente, vendiéndoseles por muy grande amigo, y como tal les queria dar consejo saludable. Y llamándolos ante sí, Dios os salve (dijo), hombres amados de los dioses inmortales, los cuales os tienen en lugar de hijos muy queridos. Ca muchas veces hablaron conmigo y me aparecieron en sueños, reprimiendo la ira que tenían contra vosotros, no por otra causa sino porque esperan la mudanza de vuestro propósito, que de aquí á poco será, como esta noche pasada me lo reveló el grande dios Dionisio, y me mandó que os llamase. Veis aquí pues el altar aparejado y tambien los sacrificios: por tanto llegad y sacrificad á los que tanto os aman. A esto respondieron los sanctos: Falso es, ó juez, lo que dices; porque aquí no conocemos mas que dos Dionisios, uno de piedra y otro de metal, y ninguno destes es inmortal; porque ninguno tiene vida ni sentido; y el uno se puede quebrar ó convertir en cal, y el otro fundirse para hacer dél vasos de servicio.

Viendo pues el tiranno que no servian sus artes pasadas sino para poner mácula en sus dioses, quitada la máscara de amigo descubrió la de enemigo. Y así mandó hacer una cama sembrada de muchas puas muy agudas, de un pié en alto, y hizo acostar de espaldas á Clemente sobre ellas, y mandó á los verdugos que con palos gruesos le estuviesen hiriendo reciamente en el vientre, y en los pechos, para que así se le hincasen mas las puas en las espaldas. Mas con todo este tormento el sancto varon, ni perdió la vida, ni la confianza en la promesa del Señor, que le prometió que con ningun tormento destes moriria. Mas al compañero Agatángelo mandó echar plomo derretido sobre su cabeza; lo cual él sufrió con admirable constancia. Por donde así el tiranno como los demas que con él estaban, espantados de ver vivo á Clemente, estando su cuerpo por ambas partes despedazado, y tan desfigurado que no parecia ser hombre, sino porque hablaba, apenas podian creer lo que veian. Pero el mártir mirando al tiranno le dijo: Agora conocerás que no solo nuestro cuerpo pelea contra vosotros, sino tambien nuestro Dios; pues por singular providencia suya no consiente que el ánima se parta de nuestros cuerpos.

Desesperado pues ya este tiranno, hizo saber todo lo



que había pasado á su emperador; el cual mandó que los santos fuesen encerrados en la cárcel, y que no se les diese de comer, para que así muriesen de hambre.

Pero con todo esto los malvados, teniendo tan larga experiencia de la fortaleza de los santos, no perdian la esperanza de vencerlos. Porque estando presente con el Emperador Afrodisio, natural de Persia, cuando se le daban estas nuevas (el cual había martirizado muchos cristianos), parecióle que alcanzaria grande gracia con el Emperador si acabase lo que ninguno de los otros jueces había acabado. Y para esto convidó á los santos á una magnífica cena, para aliviar con esto los trabajos pasados, y atraerlos á sí blandamente con este regalo. Mas ellos, como muy devotos de la virtud de la abstinencia, dijeron que se mantenian con pan del cielo, del cual quien comiere no padecerá mas hambre, sino vivirá eternamente, porque allí se nos está aparejada una buena cena. Enojado el tiranno con esta respuesta: Vuestra cena (dijo él) será muerte con dolor, á la cual yo os convidaré mañana.

Mandó luego otro dia traer dos piedras de atahona, y atallas á los cuellos de los santos, y traerlos arrastrando por medio de la ciudad, dándoles otros de pedradas, y diciendo los pregoneros con voz alta: Obedeced á los dioses y á los emperadores, y quien esto no hiciere así será castigado. Esto hacia el tiranno por quebrantar los espíritus de los santos, y levantar la ciudad contra ellos. Mas salióle en blanco su esperanza; ca viendo los gentiles el alegría del rostro dellos, y la fortaleza de sus cuerpos, que con tantos dolores todavía estaban vivos, teníanlos por hombres impasibles é inmortales, y así dejada la idolatría, glorificaban al Dios que tal fortaleza y ánimo les había dado. Y viéndose el juez ya del todo desesperado, escribió al Emperador lo que pasaba; el cual perdida también la esperanza, condenólos á cárcel perpetua, para que así enflaquecidos acabasen la vida.

Estando pues mucho tiempo en la cárcel, muchos otros fieles padecieron martirio ántes dellos. Mas las guardas de la cárcel, cansados de aquella guardia tan prolija, fuéron á otro nuevo emperador, por nombre Maximino (que entónces comenzaba á imperar), á preguntarle qué mandaba hacer de aquellos cristianos presos que parecian inmortales. El tiranno blasfemando primero de sus dioses, porque no habían podido quitar la vida á aquellos sus enemigos, y preguntando de dónde eran naturales, y sabiendo que eran de Ancira, enviólos á Lucio, que era presidente en aquella tierra. Y con esto Dios nuestro Señor rodeó las cosas de tal manera, que despues de tantos caminos viniese á cumplirse la petición de Clemente, que era acabar la vida en su patria. Llegados á ella, el juez sin hablarles palabra los encerró en la cárcel, atándolos de tal manera, que estaban como envarados, sin poderse mover, ni extender las piernas. Y el dia siguiente, llamando á Agatángelo, le dijo: Yo sé que tú, no por ignorancia, sino por la facilidad y simplicidad de condicion te dejaste engañar deste Clemente; pues de esa misma facilidad debes agora aprovecharte para hacer nuestra voluntad, y corresponder á la significacion de tu nombre, dándonos buenas nuevas con la mudanza de tu conversion. A esto respondió Agatángelo: Esta constancia que ves en mí, no nasce de esa facilidad ó simplicidad que dices; porque si yo esa tuviera, ¿cómo pudiera resistir á tantos jueces, y al mismo Emperador, y á tantas invenciones de tormen-

tos con que nos pretendíades vencer, y á tantos artificios de promesas y palabras con que nos queríades engañar? Así que no debes llamar esto facilidad, sino verdadera sabiduría; la cual tiene mas cuenta con los bienes eternos, que nunca se mudan, que con estos temporales que cada dia van y vienen; y esta nos hace despreciar vuestros falsos dioses, y adorar al verdadero Dios, y por esta causa tenemos la muerte por un sueño que pasa. Así que, no es solo Clemente el que me ha convertido, sino mucho mas Cristo, que por medio dél me llamó. Ni él me engañó, sino ántes me libró del engaño en que vivía. Y así ruego á Dios que desengañe á vosotros, para que desta manera os sea yo alegre mensajero de la verdad.

Visto el juez cuán mal le había sucedido este primer encuentro, mandó hincar al sancto unas puas muy encendidas por las orejas, y aplicarle unas hachas ardiendo por los lados. Lo cual todo sufría el mártir fuertemente haciendo oracion y diciendo: Señor mio Jesucristo, no permitas que yo sea privado del fruto de aquellos bienes inmortales, sino dame fortaleza y paciencia, para que acabada esta jornada de mi confesion me juntes con tu siervo Clemente, y con todos aquellos que por tu glorioso nombre pelearon. Oyó el Señor dende lo alto esta petición. Por lo cual viendo el juez que era por demas todo cuanto hacia, apartando al mártir á un lugar por nombre Criptos, le mandó cortar la cabeza á los cinco dias de noviembre, habiendo primero batallado con dos emperadores, Diocleciano y Maximiano, y con los magistrados Agripino, Curicio, Domicio, y con el sacerdote de los ídolos, y con Máximo, Afrodisio y Lucio.

Mas aquella piadosa y sancta madre Sofia, que entrañablemente le amaba, despues que vió el fin glorioso de su martirio, y se vió libre de los cuidados y temores que por él padecia, abrazó su cuerpo con grande alegría, y le sepultó á la entrada de una iglesia que allí había. Pero el sancto Clemente, sabido el fin glorioso de su fiel discípulo y compañero, no cabia en sí de placer, glorificando á Dios por este beneficio.

Mas el cruel tiranno, no contento con tener de aquella manera preso y apiolado al sancto, mandó que cada dia le diesen ciento y cincuenta heridas en el rostro y en la cabeza. Y padeciendo él esto cada dia, todo su cuerpo y el suelo estaba bañado de sangre. Mas de noche acudieron los ángeles con una grande luz y claridad, y curaron sus llagas. En esta sazón, la piadosa y sancta madre Sofia, que de todo corazon amaba aquel sancto que ella había prohibado, encendida con un grande celo del amor de Cristo, juntando consigo todos sus familiares, y los mozos que ella había criado, entrando en la cárcel desató al mártir y le sacó della. Y luego le vistió de una ropa blanca, y ella también en señal de alegría se vistió otra del mismo color, poniéndole en la mano el sancto Evangelio, y con muchas velas encendidas y perfumes olorosos, entró con él en la iglesia, proveyendo quien le llevase de un brazo para poder andar. Y sintiendo Clemente en este camino que el Señor le queria llamar, levantando una mano á lo alto (porque en la otra tenia el Evangelio), hizo primero oracion por su madre Sofia, y luego por sus clérigos y pueblo, y por todos aquellos que despues de su acabamiento pidiesen á nuestro Señor mercedes por él. Y desta manera entró en la iglesia, cerrando todos con mucha diligencia las puertas, por temor de los adversarios. Amanescido pues el dia glorioso

de la Epifania, celebró el sancto obispo los sagrados misterios, y dió el divino Sacramento á los que estaban aparejados, y los recreó con las palabras de su doctrina. Y como ellos estuviesen temerosos de la violencia de sus contrarios, los esforzó diciendo, que ninguno dellos pe-receria, mas dos de vosotros juntamente conmigo partirémos desta vida, y luego cesará esta rabia y furor de los gentiles, y sucederá una nueva paz en el imperio de los romanos, y todas las ciudades y tierras se hincharán del conocimiento de Cristo, y se abrirán las iglesias, y cerrarán los templos de los ídolos, y huirán los que los adoran, y perescerán los temores que vosotros agora padecéis; y esto se cumplirá muy presto, y algunos de vosotros lo veréis.

Diciendo esto el mártir, la sancta Sofia, amadora de los mártires, estaba tan llena de alegría por amor de su hijo Clemente, que llevó á su casa todas las viudas y huérfanos, á los cuales por espacio de doce dias daba de comer abundantemente, y á todos los demas que sobrevenian, y todos ellos festejaban estos dias honrando la venida de su pastor.

En esto se llegaba el dia del domingo, en que el Señor queria llevar para sí su siervo. Fué él este dia á la iglesia, y celebrada su misa, y dada la sagrada comunión á los fieles, entró uno de los magistrados, acompañado de soldados, con grande impetu y furor en la iglesia, y mandó á uno de sus soldados, que cortase la cabeza á Clemente. Y así estando él sacrificando, fué ofrescido él mismo á Dios en sacrificio. Mas los que presentes estaban, se fuéron de ahí con muchas lágrimas, y solos dos ministros que asistian al sacrificio, de los cuales el uno se llamaba Cristóbal, y el otro Chariton, como el sancto había primero dicho, par de aquella sagrada mesa fuéron con él sacrificados.

Mas su fiel madre Sofia encerrando aquel sancto cuerpo en un lugar de su casa muy seguro, perdidos ya los cuidados y temores con que vivía, encendiendo muchos cirios, envolvió el sagrado cuerpo en un lienzo muy limpio y lo sepultó en la iglesia, donde fuera sepultado su compañero Agatángelo, para que tuviesen los cuerpos un mismo sepulcro, cuyas ánimas ya moraban en el cielo; y junto á Clemente sepultó los dos diáconos, que con él habían padecido. Y asentada par del sepulcro de los santos, decia con entrañable aficion estas palabras: Yo, hijos míos, os sepulté en este lugar secreto, mas Cristo os publicará y dará descanso, por cuyo amor tantos trabajos padecistes. Ya á mí la vejez me llama á vuestra compañía, la cual se ha dilatado hasta agora, para recibir vuestros cuerpos y sepultarlos. Y con muchas lágrimas decia: Rogad al Señor por mí, que fui vuestra madre y vuestra ama, para que así como aquí estuve con vosotros, así allá esté en vuestra compañía cerca de vosotros.

## §. VI.

Fin de la historia.

¡Oh quién supiese agora filosofar sobre la historia destes dos tan gloriosos mártires, que de flores tan olorosas podria coger deste tan fresco jardin, y qué motivos de amor y confianza en aquella infinita bondad, que así quiso esforzar y glorificar sus siervos! Porque primeramente, aquí verá la grandeza de esa misma bondad y providencia del fidelísimo Señor para con sus fieles siervos, considerando cuán presto les acudia en medio

de sus batallas, y con cuántos favores y regalos, con cuántas maravillas por ministerio de ángeles los curaba, y mantenía, y proveía de nuevas fuerzas para entrar de refresco en la pelea. Donde notarémos, como arriba se dijo, una gloriosa competencia entre el Señor y sus fieles siervos: ellos á padecer por él, y él á obrar maravillas por ellos, y cumplir todas sus peticiones, confundiendo con esto sus adversarios, y glorificando sus santos. Y con ser este Señor el que obraba y vencía en ellos y por ellos, queria que todo el mérito desta obra fuese á cuenta dellos. Dejábalos un poco padecer, y luego les acudia con su socorro, lo uno para su merecimiento, y lo otro para su esfuerzo.

Aquí también verá la hermosura y órden de la divina Providencia; la cual usa de la malicia de los malos para adelantamiento de su gloria, no solo por la que él recibía con la constancia de sus mártires, sino por los muchos que se convertían á la fe en la prosecucion destes martirios; de modo que por el medio que los tirannos pretendian disminuir el número de los fieles, por ese los acrescentaban, como aquí se ha visto.

Por aquí verá la eficacia de la sangre y redempcion de Cristo, por cuyos merecimientos se dió á los mártires esta sobrenatural y espantosa fortaleza y constancia. Por aquí verá un linaje de desafío entre la omnipotencia de la gracia, si así se puede decir, y toda la potencia del mundo; la cual aquí llegó á lo último de lo que podía, juntando en uno todas sus fuerzas, y todas las maneras y máquinas de tormentos, que hombres y demonios pudieron inventar. Y esto no en un dia, ni un año, sino en veinte y ocho años, revezándose unos jueces despues de otros, y pretendiendo sobrepujar los unos á los otros, con mayor artificio y crueldad. Y con todo eso quedó el campo por la gracia, y toda la potencia del mundo vencida, afrentada, avergonzada y corrida.

Por aquí verán cuán engañados viven los que se eximen de guardar la ley de Dios, diciendo que es dificultosa y pesada, no mirando las fuerzas y virtud de la gracia que en estos mártires resplandeció, la cual está Dios aparejado para dar á quien hiciere lo que es en sí, sin faltar á nadie. Por aquí también verá cuán mal pleito tendrán los tales en el dia del juicio, cuando allí mostrare Dios el ejército innumerable de los mártires, con las insignias gloriosas de sus martirios, y diga á los malos: Todos estos que veis aquí compraron el reino del cielo con todas estas maneras de tormentos, y vosotros no lo quisistes comprar con la guarda de solos diez mandamientos. Por aquí también se confirmarán mas los fieles en la fe; porque (dejados aparte los otros mártires) ¿qué hombre habrá tan insensible que no vea que tal fortaleza como la deste glorioso Clemente y de su compañero no era posible hallarse en cuerpo y corazon humano, si no fuera potentísimamente socorrido, y ayudado con la virtud y fortaleza del brazo de Dios? Y pues este Señor era el que ayudaba los mártires á la confesion de la fe, síguese que ella sea verdadera, porque no puede Dios dar favor y ayuda á cosa falsa, ni ser testigo y fantor de mentira. Sobre todo esto aquí verá la gran fuerza de la caridad y amor de Cristo, considerando con qué palabras y ruegos pedia la madre deste sancto á su único y muy amado hijo, que muriese por Cristo, y la fiesta que hizo la segunda madre Sofia, cuando vió este hijo que ella tanto amaba, muerto y despezado en sus brazos; pues convidaba á todos los fieles á comer en su casa para ce-